



Congregazione delle Monache della Passione di Gesù
SETTEMBRE 2021



La presencia femenina en el misterio de la Pasión y Resurrección de Jesús



El evangelista Lucas describe desde el inicio de su evangelio una presencia femenina junto a Jesús y, más tarde, acompañando a los Doce. De hecho, al final de la narrativa de la infancia de Jesús, Lucas ha enfatizado el papel de una mujer única, la madre de Jesús, María. Esperó que naciera su hijo, lo dio a luz y lo acompañó hasta el final de su infancia. En la Presentación en el Templo, junto con Simeón, Lucas presenta a la profetisa Ana, una mujer dedicada a la penitencia y la oración; quien, bajo el poder del Espíritu, proclamó la llegada del Salvador. Y luego, cuando Jesús comienza su obra de evangelización, Lucas presenta a un grupo de mujeres que acompañan al Señor.

"Jesús iba recorriendo ciudades y aldeas, predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres, a las que había curado de espíritus malos o de enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de un administrador de Herodes, llamado Cuza; Susana, y varias otras que los atendían con sus propios recursos." (Lc 8, 1-3)

Este grupo de seguidores está fuera de la práctica social y tradicional. Los Maestros de Israel a menudo estaban rodeados por sus discípulos, pero no por mujeres que la sociedad consideraba indignas de sentarse a sus pies y recibir su instrucción. Jesús, por otro lado, reconoció la dignidad y la importancia de la presencia femenina entre sus seguidores, y ciertamente no con el único propósito de atender sus necesidades y las de sus seguidores. Jesús las hizo partícipes en la recepción de la Palabra y en la proclamación del Reino.



Después de tres años de predicación, Cristo llega a Jerusalén, donde sabe que su sacrificio se completará por la redención del mundo.

Mientras Jesús sube a la colina del Calvario, cargando la Cruz, aparece una mujer misteriosa para enjugarle el rostro; la tradición del Vía Crucis la llama Verónica. Esta mujer, por su atención considerada al sufrimiento del Señor, es signo y modelo de todas las mujeres que se inclinan, con amor, para atender las heridas y sufrimientos de sus hermanos y hermanas, y que se dedican

generosamente a aliviar y curar sus penas y dolores.

Sin embargo, Lucas también presenta a otro grupo de mujeres a lo largo de la Vía Dolorosa.



"Lo seguía muchísima gente, especialmente mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí. Lloren más bien por ustedes mismas y por sus hijos. Porque llegarán días en que se dirá: «Felices las mujeres que no tienen hijos. Felices las que no dieron a luz ni amamantaron.» Entonces dirán: «¡Que caigan sobre nosotros los montes, y nos sepulten los cerros!» Porque si así tratan al árbol verde, qué harán con el seco?»" (Lc 23, 27-31)

Cristo ciertamente reconoce las lágrimas de estas mujeres como una expresión sincera del dolor por su sufrimiento; pero también quiere que reconozcan un sufrimiento que está por venir. Les pide que lloren por ellas mismas y por sus propios hijos a causa de la catástrofe que abrumará a Jerusalén pocos años después. Estas mujeres son un signo de tantas otras mujeres que hoy lloran y se entristecen por los dolorosos acontecimientos que están ocurriendo sobre la faz de la tierra: guerras, persecuciones, desastres naturales. Sus oraciones recogen el sufrimiento de muchos de nuestros hermanos y hermanas, en quienes Cristo continúa sufriendo hoy.

Sin embargo, las mujeres no solo siguen a Jesús en el Vía Crucis, también estarán al pie de la Cruz. Es Juan, uno de los apóstoles que estuvo presente en el Calvario, quien da testimonio de ello. *"Cerca de la cruz de Jesús estaba su madre, con María, la hermana de su madre, esposa de Cleofás, y María de Magdala."* (Jn 19, 25) Están junto a su madre, mujeres fuertes a pesar de su dolor, que quieren compartir la Pasión del Crucificado. Hablando humanamente, no hay nada que puedan hacer por Él, ni aliviar Su sufrimiento; pero su presencia expresa la totalidad de su amor y gratitud por Jesús que da la vida, incluso por ellas, mediante un acto de amor absoluto. Estas mujeres representan a aquellas otras mujeres que, a lo largo de los siglos, han compartido el dolor de Cristo a través de su contemplación; o que han ayudado a sus hermanos y hermanas que han estado gravemente afligidos. Aunque son incapaces de eliminar las causas de su sufrimiento, los acompañan, ofreciéndoles amor y ternura, para que no se sientan solos o abandonados.

Así como las mujeres han tenido un papel destacado en la Pasión, también participan en la Resurrección de Cristo.

"El primer día después del sábado, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, y vio que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro había sido removida.... María se quedaba llorando fuera, junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó para mirar dentro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?» Les respondió: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.» Dicho esto, se dio vuelta y vio a Jesús allí, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella creyó que era el cuidador del huerto y le contestó: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré.» Jesús le dijo: «María». Ella se dio la vuelta y le dijo: «Rabboní», que quiere decir «Maestro». Jesús le dijo: «Suéltame, pues aún no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes.» María Magdalena se fue y dijo a los discípulos: «He visto al Señor y me ha dicho esto.»" (Jn 20, 1; 11-18)

Pasado el Sábado, María Magdalena, mujer ingeniosa, sale temprano por la mañana al sepulcro. Ella encuentra que el sepulcro está vacío. Debido a su gran amor por el Señor, ella comienza a llorar; teme que se hayan llevado su cuerpo. Espera encontrar un cadáver, por eso, a causa de su tristeza, no reconoce a Jesús vivo y que ha venido a su lado. Será por oír su nombre que ella lo reconocerá, y lo llamará "Maestro". María es la primera en encontrarse con el Señor Resucitado, de quien recibe su misión de ir a los Apóstoles, sus hermanos; la Liturgia la llamará la mujer Apóstol de los Apóstoles.

En pocas palabras, captura su extraordinaria experiencia: "*¡He visto al Señor!*" Luego, les cuenta a los discípulos lo que Jesús le dijo. Asimismo, como María de Magdala el día de la Resurrección, hay otras mujeres hoy que buscan a Cristo con ansiedad y lo encuentran resucitado y vivo en la Iglesia, en la Palabra de Dios y en la Eucaristía. Anuncian esta presencia a sus hermanos y hermanas con gran alegría porque en Él tienen vida en abundancia.



Además, relata Mateo que las mujeres salieron al sepulcro al amanecer; vieron allí a un ángel que les dijo: "...«*Ustedes no tienen por qué temer. Yo sé que buscan a Jesús, que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, tal como lo había anunciado. Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto, pero vuelvan en seguida y digan a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y ya se les adelanta camino a Galilea. Allí lo verán ustedes. Con esto ya se lo dije todo.*» Ellas se fueron al instante del sepulcro, con temor, pero con una alegría inmensa a la vez, y corrieron a llevar la noticia a los discípulos. En eso Jesús les salió al encuentro en el camino y les dijo: «*Paz a ustedes.*» Las mujeres se acercaron, se abrazaron a sus pies y lo adoraron. Jesús les dijo en seguida: «*No tengan miedo. Vayan ahora y digan a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allí me verán.*»" (Mt 28, 5-10)

Al salir del sepulcro, las mujeres ven al Señor Resucitado que ha salido a su encuentro; y con tierno amor abrazan sus pies y adoran a su Dios que ha vencido a la muerte. Dos veces, primero por el ángel y luego por Cristo mismo, se les ha dado el mandato misionero de anunciar a los Apóstoles que Él vive y que Él se revelará a ellos. Estas mujeres nos recuerdan ahora cómo demostrar simple pero intensamente el amor al Señor, hoy presente en su Iglesia. Después de haberlo encontrado y adorado, anuncian su presencia a sus hermanos y hermanas, especialmente a aquellos que buscan un sentido para sus vidas.

¡Cuántos siglos han pasado desde los albores de la Resurrección! Aun así, el pregón no ha sido silenciado: *Ha resucitado de entre los muertos. ¡He visto al Señor!* Tantos son los hombres y mujeres que han repetido este anuncio a través de su vida de oración, o dedicándose a sus familias, o proclamando el Evangelio como misioneros en servicio a los pobres y a los que sufren.

Durante los últimos 250 años, las Monjas Pasionistas hemos sido contadas entre las contemplativas de la Iglesia. Nosotras, en primer lugar, somos llamadas a compartir el sufrimiento del Crucificado y a aliviar los dolores de nuestros hermanos y hermanas que están reviviendo su Pasión. Nosotras también somos llamadas a llorar por los pecados de la Iglesia y del mundo, que han sido la causa de los sufrimientos de Jesús; e implorar misericordia y salvación para todos. Nosotras, también llamadas a estar a los pies de la Cruz con María, nuestra Madre, para que podamos recibir y ofrecer la sangre de Cristo al Padre para la salvación de la humanidad. Hemos sido llamadas a continuar el anuncio de la Resurrección del Señor, un anuncio que, envuelto en el silencio y la oración, traspasa los muros de nuestros monasterios y se extiende entre los pueblos hasta los confines de la tierra. Esta misión es posible gracias a la sencillez de vida que nos dio nuestro Fundador, San Pablo de la Cruz, y el ejemplo de la Co-Fundadora, Ven. Maria Crocifissa. La riqueza de enseñanzas que recibimos de ellos se ha reafirmado en las nuevas Constituciones recientemente aprobadas.

Vivir radicalmente los consejos evangélicos viene a ser para ellas una verdadera experiencia pascual; esto es, una profunda actuación personal y comunitaria de la muerte y resurrección de Jesús. Viven sus votos en la atmósfera del amor victimal de Jesús, ofreciéndose con Él al Padre por la salvación de los hermanosLas religiosas de la Pasión se comprometen a vivir a la luz de este amor martirial de Cristo. Como esposas del Crucificado, su más profunda aspiración es «conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, hasta hacerse semejantes a él en su muerte». (R y C, Parte II, #10 y #12)



La celebración del 250º Jubileo de la Fundación es una oportunidad para todas las Monjas Pasionistas de renovarnos en nuestra vocación de sucesoras de las primeras discípulas del Señor. Unámonos a Él en la Pasión al pie de la Cruz; y descubramoslo resucitado y vivo en nuestra vida diaria.

Es una gracia del Espíritu que se nos invite y aliente continuamente a profundizar la conciencia de nuestro carisma en la Iglesia. No dejemos pasar esta oportunidad sin nuestra respuesta personal. Oremos las unas por las otras para que esta gracia sea fecunda en cada Monja y en nuestras Comunidades.



Hna. M. Cecilia dello Spirito Santo – Pasionista

(Maria Pia Mongiardino)

Monastero di Genova Quarto (Italia)